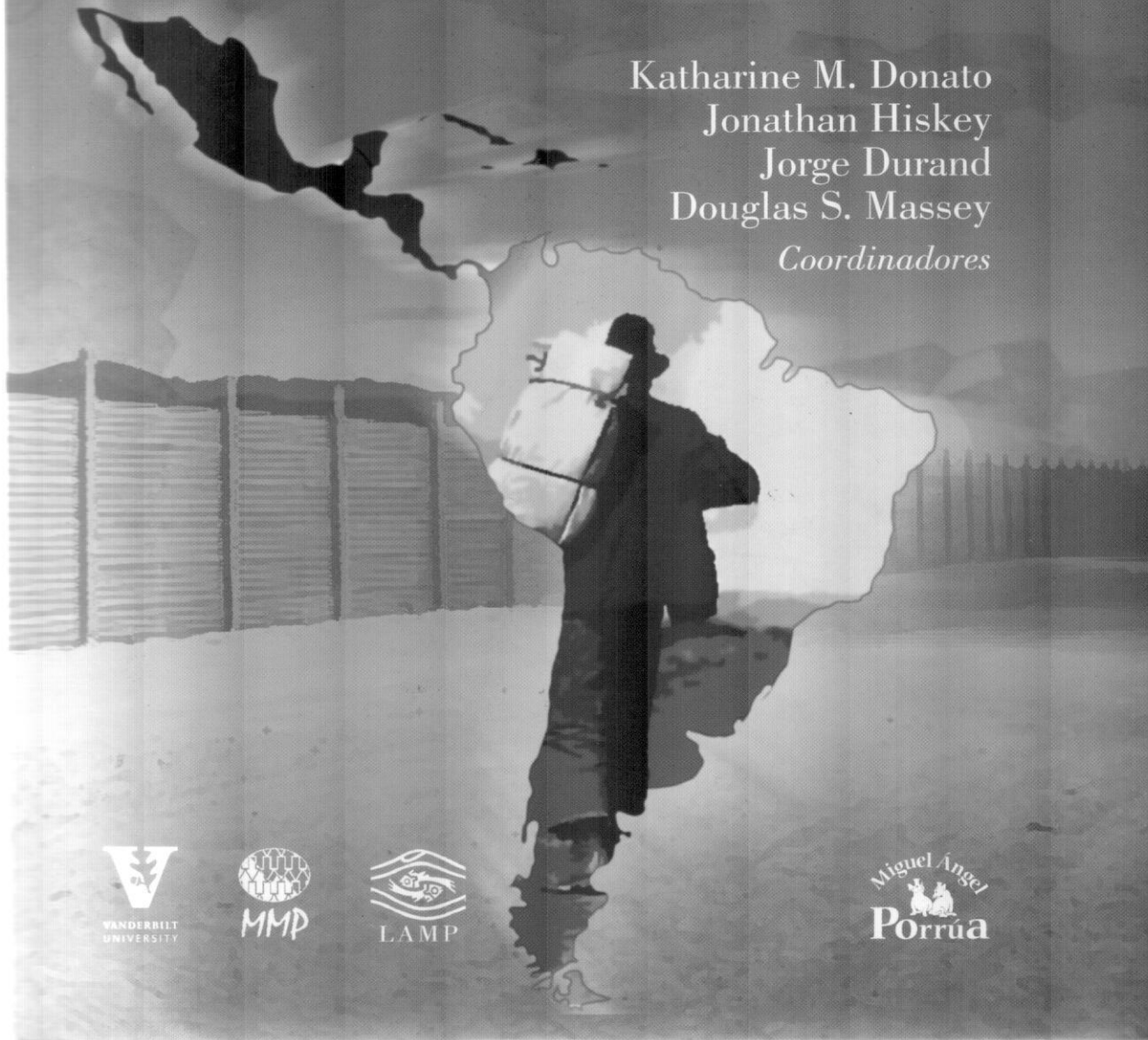


Salvando fronteras

Migración internacional
en América Latina y el Caribe

Katharine M. Donato
Jonathan Hiskey
Jorge Durand
Douglas S. Massey
Coordinadores



Introducción

Migraciones de México y América Latina. Un análisis comparativo

Katharine M. Donato, Jonathan Hiskey, Douglas S. Massey y Jorge Durand

Históricamente, la migración México-Estados Unidos representa el flujo más numeroso y persistente entre dos naciones en el mundo. Por esa razón, la mayor parte de la investigación empírica y teórica sobre la migración en América Latina se ha centrado en ese caso. No obstante, en las dos últimas décadas la migración se ha convertido en un asunto fundamental en todos los países de América Latina y el Caribe. La región ha dejado de ser el espacio histórico de recepción de inmigrantes que fue durante siglos para convertirse en una de las áreas de emigración más importantes del mundo.

En este volumen ofrecemos una primera evaluación, sistemática y comparativa, de los patrones migratorios actuales de América Latina y el Caribe tomando el caso mexicano como base para hacer las comparaciones. Los capítulos, a cargo de reconocidos estudiosos del tema migratorio, han utilizado, en mayor o menor medida, las mismas bases de datos. Porque nuestro objetivo ha sido conocer de qué manera la migración mexicana es similar o diferente a la de los demás países del hemisferio. Los análisis comparativos se basan en la información generada por el Proyecto de Migración Mexicana (*Mexican Migration Project*) (MMP) y el Proyecto de Migración Latinoamericana (*Latin American Migration Project*) (LAMP), que, juntos, constituyen la fuente más completa y confiable de datos sobre la migración de América Latina y el Caribe.

La investigación en México ha generado un acervo muy abundante y extenso acerca de la migración y el asentamiento de los inmigrantes en Estados Unidos. Pero no sabemos si los patrones encontrados en México podrían generalizarse a otros flujos migratorios de la región. Así, cada capítulo parte de los hallazgos y propuestas derivados del caso mexicano, pero



s, circulation internationale et développement urbain", B. Dakar, *Annuaire de la Démographie* 36 (1998), pp. 107-127.

arcela y Douglas S. Massey (2001), "On the Auspices of Female Migration from Mexico and the United States", en *Demography* 38, pp. 200-210.

ge, Douglas S. Massey y René Zenteno (2001), "Mexican Immigration to the United States: Continuities and Changes", en *Latin American Research Review* 36, pp. 107-127.

harine, Michael B. Aguilera y Chizuko Wakabayashi (2005), "Immigration Policy and Employment Conditions of U.S. Immigrants from Mexico, Nicaragua, and the Dominican Republic", en *International Migration Review* 43 (5), pp. 5-29.

'001), "Demography of Illicit Emigration from China: A Sensitivity Perspective", *Sociological Forum* 16 (4), pp. 677-701.

eki Morooka (2004), "Recent Trends of Emigration from China", en *International Migration* 42 (2), pp. 145-164.

ni Zhang (2004), "Emigration, Housing Conditions, and Socialization in China", en *International Migration Review* 38 (1), pp. 24-44.

las S. (1987), "The Ethnosurvey in Theory and Practice", en *Annual Review of Migration and Ethnic Studies* 21, pp. 1498-1522.

J. Fischer y Chiara Capoferro (2006), "Gender and Migration in Latin America: A Comparative Analysis", en *International Migration* 44, pp. 1-14.

Kalter y Karen A. Pren (2008), "Structural Economic Change and International Migration from Mexico and Poland", en *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie* (en prensa).

y Douglas S. Massey (2005), "Household Composition, Family Structure, and Community Context: Migrant Remittances in Four Latin American Countries", en *Social Science Quarterly* 86 (2), pp. 509-528.

Capítulo 1

Nuevo orden mundial: continuidades y cambios en la migración latinoamericana

Jorge Durand y Douglas S. Massey

Los procesos migratorios son reversibles. Los países de inmigración se pueden convertir en emisores, y aquellos que tradicionalmente enviaban migrantes pueden convertirse en receptores. Este ha sido el caso de Europa y, ahora, de América Latina. Desde 1950 la región latinoamericana dejó de ser un destino atractivo para los inmigrantes de Europa, Oriente y Medio Oriente y se convirtió en un nuevo y vigoroso emisor de migrantes a escala mundial.

A inicios del siglo XXI América Latina forma parte del escenario global de la migración internacional: con 29.5 millones de migrantes, representa el 15 por ciento del total de los 191 millones de migrantes estimados a nivel mundial. Al interior de la región, los migrantes representan el 5.5 por ciento de la población latinoamericana estimada en 523 millones de personas. La mayor parte de los que salen han optado por hacerlo dentro del continente: 23.5 millones radican en Estados Unidos y 3.5 millones en los distintos países de la región. En épocas recientes y en proporciones menores, se han dirigido a Europa —donde radican 2 millones— y Japón, que acoge a menos de medio millón.¹

Se trata de un proceso de lenta gestación, pero que, finalmente, ha involucrado a todos los países de la región. No obstante, el comportamiento migratorio de cada país ha sido muy diferente. Existen procesos migratorios marcadamente unidireccionales; otros son variados y algunos múltiples. Aunque la heterogeneidad es lo que distingue a la emigración latinoamericana, se pueden también distinguir etapas, definir procesos y analizar patrones peculiares de la región.

¹Los cálculos para el Caribe provienen de Duany (2008); para México, Centroamérica y América del Sur del Pew Hispanic Center (2008); para la población mundial de United Nations (2008).

En este capítulo, se aborda el tema, en primer lugar, desde una perspectiva histórica, es decir, a partir de una breve explicación sobre la fase receptora durante la época poscolonial y un análisis, a mayor profundidad, de la emisora. En segundo término se analizan y profundizan tres procesos actuales característicos: la migración sur-norte que se dirige a los Estados Unidos y Canadá; la migración intrarregional entre los diferentes países de América Latina y la migración transoceánica a diferentes partes del mundo.

América Latina lleva en su nombre la ambigüedad que suelen tener las conceptualizaciones. Los límites regionales pueden incluir o excluir un conjunto de países. En nuestro caso optamos por una definición general, pero al mismo tiempo acotada, de América Latina. Por América Latina entendemos los países que fueron colonias de España y Portugal y que, por lo tanto, son de habla hispano y portuguesa. Esta definición excluye a los países anglofonos, francófonos y los que hablan diferentes tipos de creole. Excluye, por lo tanto, a los países caribeños con historias migratorias muy distintas, en función de sus relaciones coloniales y procesos de independencia más recientes. Por otra parte, dentro del área latinoamericana distinguimos tres grandes regiones: Mesoamérica, que comprende a México y Centroamérica con excepción de Belice; el Caribe Insular Hispano, que comprende a Puerto Rico, República Dominicana y Cuba y, América del Sur que incluye a todos los países de esa zona, salvo las tres Guayanas.

Los procesos migratorios en América Latina se dividen en dos grandes etapas. La primera, de dimensión secular, se inició a mediados del siglo XIX y se prolongó hasta mediados del siglo XX. La segunda, empezó en la década de 1950 y persiste hasta la fecha. El punto de quiebre entre esas dos etapas se relaciona con un gran cambio en la dirección del flujo migratorio: de receptora a emisoras y a un espacio emisor de emigrantes.

Las migraciones europeas a América Latina (1850-1950)

La primera fase puede considerarse, en términos más o menos braudelianos, como de "larga duración" ya que incluye los tres largos siglos del período colonial (1500-1800) cuando América Latina recibió a los colonizadores europeos y esclavos africanos de múltiples países y etnias. Posteriormente, a raíz de las guerras de independencia y sus estragos, llegaron nuevas oleadas de inmigrantes europeos, del medio y el lejano oriente. De ese flujo, el resultado es un mosaico variado y variopinto de razas y culturas, surgió un proceso, complejo, aunque inacabado, proceso de mestizaje.

Las migraciones europeas a América Latina se dirigieron fundamentalmente a cinco países: Argentina (4 millones), Brasil (2 millones), Cuba (600 mil), Uruguay (600 mil) y Chile (200 mil) (Nugent, 1996). Posteriormente, a principios del siglo XX, llegaron refugiados españoles de la Guerra Civil (1939) a México, Chile y Dominicana (Gardiner, 1979). Finalmente, el último país en recibir fuertes flujos de inmigración europea fue Venezuela, debido al auge petrolero a partir de 1940. Durante las siguientes tres décadas llegaron a Venezuela más de medio millón de inmigrantes provenientes de España, Italia y Portugal (Van Roy, 1987; Vannini, 1983).

Las migraciones asiáticas provinieron fundamentalmente de China y Japón. Aunque los inmigrantes chinos tienen presencia en toda América Latina, los núcleos importantes se conformaron en Perú, donde llegaron a trabajar a las plantaciones de la costa y, en Panamá, a la construcción del canal. En el Caribe, laboraban en las plantaciones de Cuba, Dominicana y Costa Rica (Lausent, 2000). Los inmigrantes japoneses llegaron a América Latina durante la primera mitad del siglo XX y se concentraron en dos países: Brasil, con cerca de 190 inmigrantes y Perú con 20 mil (Lesser, 2006; Morimoto, 1999).

Los flujos de migrantes provenientes del medio oriente fueron menos numerosos y se dispersaron por toda América Latina. Con todo, lograron impactar el ámbito comercial, especialmente en México, Argentina, Brasil, Perú, Chile, Uruguay, Costa Rica y Colombia (Lesser, 2006; Díaz de Kuorri y Macluf, 1995).

En general, las políticas inmigratorias de los países latinoamericanos eran laxas y favorables a la inmigración. Una metáfora bastante generalizada durante aquella época fue la del "cuerno de la abundancia".² Para muchos ideólogos ilustrados había que promover la inmigración, porque lo que faltaba eran brazos que pudieran aprovechar tantas riquezas y explotar tantos recursos. Si bien, había coincidencia en la visión optimista y la conveniencia de promover la inmigración, había divergencias con respecto al tipo de personas que se debía invitar o admitir. Las grandes compañías, por lo regular extranjeras, que controlaban minas, plantaciones y grandes proyectos de infraestructura no ponían condiciones, a ellas sólo les importaba contar con mano de obra, sin importar su origen. Para los políticos ilustrados, en cambio, el objetivo principal de la inmigración debía ser promover el mejoramiento de la raza y, por lo tanto, preferían y facilitaban la inmigración de población blanca de origen europeo. De ese modo, gracias al mestizaje, se

²El cuerno de la abundancia figura en a lo menos seis escudos nacionales: Perú, Venezuela, Honduras, Costa Rica, Panamá y Colombia.

la un mejoramiento genético de las raza indígena o africana, según los autores (Johansson, 2006; Masato, 2002; Gardiner, 1979; Massey *et al.*, 1998).

el flujo (1950 en adelante)

Segunda fase representa un cambio drástico de dirección de las corrientes migratorias. Un primer elemento fue la disminución paulatina de los flujos migratorios que llegaron a América Latina después de la Segunda Guerra Mundial. Tres factores globales explican ese alentamiento: el desarrollo económico de la posguerra frenó los flujos migratorios de Europa; las políticas migratorias de los países socialistas (URSS, Europa Este, China) impedían el libre tránsito de su población y, finalmente, las repercusiones de la Guerra Fría en la región y la correspondiente polarización norteamericana de control y sometimiento de los gobiernos latinoamericanos. Por otra parte, una serie de situaciones internas influyeron en el cambio de dirección del flujo y el posterior repunte migratorio a finales del siglo XX que transformó a la región en zona de emigración: altos índices de crecimiento demográfico; limitaciones, contradicciones y crisis de modelos económicos; la secuela de gobiernos dictatoriales, militares y populistas.

En Europa, después de la Segunda Guerra Mundial, se recomposieron procesos migratorios: por una parte, reclutamiento; por la otra, inmigración de sus colonias y excolonias. Alemania y Francia se embarcaron en diversos programas de trabajadores huéspedes; Inglaterra, Holanda, Francia y Portugal empezaron a recibir importantes flujos migratorios de sus territorios de ultramar, las colonias y ex colonias de África del Norte, África Subsahariana, Asia y el Caribe, el *Commonwealth* británico (Martin y Mayer, 2008).

En el continente americano, Estados Unidos cambió sus fuentes de abastecimiento de mano de obra y puso en práctica una doble política migratoria: reclutamiento de mano de obra barata en la zona adyacente de México y el Caribe y manejo político de la migración en cada caso, de acuerdo a las necesidades que definía el desarrollo de la Guerra Fría en la región.

Las poblaciones de México y Puerto Rico eran consideradas como reservas naturales de mano de obra, de las cuales se podía disponer de acuerdo a las necesidades del mercado de trabajo norteamericano. Puerto Rico estaba en la esfera de las relaciones coloniales y México en la dependencia

En México y Perú les preocupaba la herencia genética de origen indígena y en el Caribe el gen africano.

y la vecindad. La relación colonial con Puerto Rico impedía rechazar o deportar a la mano de obra; contrario al caso mexicano donde los migrantes podían ser, al mismo tiempo, disponibles y desechables. Se trataba de la inmigración de trabajadores, no de inmigrantes, política que operó sin interrupción hasta 1986 cuando cambió el patrón migratorio a partir de la promulgación de IRCA (Duany, 2004; Durand *et al.*, 1999).

Además del reclutamiento en México y el Caribe, los factores geopolíticos fueron determinantes para el desarrollo de los flujos migratorios en Cuba, República Dominicana y Centroamérica, donde hubo intervenciones directas por parte de Estados Unidos como parte de la Guerra Fría y la lucha contra el comunismo. En el caso de Cuba se aplicó una política amplia de refugio a los cubanos que huían del gobierno castrista. En República Dominicana se recurrió a la intervención militar (1965) y a incentivar la emigración legal, como medida de control político. En Centroamérica se libraron las últimas batallas de la Guerra Fría que llevó a una política de refugio en Nicaragua y de manejo político de la migración indocumentada en otros países (los programas de regularización se conocen como NACARA y TPS) (Durand *et al.*, 2007; Pedraza, 2007). En el resto de América Latina, los flujos migratorios detonaron fundamentalmente a raíz de situaciones económicas y políticas internas: Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia.

Después de la Segunda Guerra Mundial el eje de la política norteamericana respecto a América Latina se centró en la preocupación permanente por la seguridad hemisférica. En 1947 se firmó el Pacto de Río para asistencia militar recíproca y en 1948 se fundó la OEA, como organismo de control y consenso político supranacional. En esos años toda la ayuda económica se iba a Europa: "entre 1945 y 1950 Bélgica y Luxemburgo recibieron más ayuda directa que toda América Latina" (Park, 1995: 172).

A lo largo de cuatro décadas (1950-1990) la mayor parte de los países de América Latina estuvieron sumidos en alguna o todas las pesadillas asociadas a gobiernos dictatoriales, juntas militares y gobiernos populistas. La pesadilla empezó en 1954, con el derrocamiento del gobierno de centro izquierda de Jacobo Arbenz en Guatemala, que se proponía expropiar las tierras de la United Fruit Company (Park, 1995), y terminó con la invasión a Panamá, en 1991, y la captura del dictador Noriega, ya no por razones de la Guerra Fría, sino por la nueva guerra que comenzaba: la lucha contra el narcotráfico (Poitras, 1990).

Durante esos cuarenta años Estados Unidos apoyó de manera sistemática y exitosa a dictadores y militares golpistas de derecha a todo lo largo y ancho de América Latina. La excepción fue Cuba, no porque no hubiera

aduna, sino porque fue el único país donde la política norteamericana no tuvo un permanente fracaso. Por su parte, el gobierno cubano tuvo un período de influencia e injerencia en numerosos conatos guerrilleros y otros gobiernos populistas o de izquierda que llegaron al poder (Poirier, 1996).

La intervención directa, militar y política, de Estados Unidos en varios países latinoamericanos se convirtió en el detonador de flujos migratorios una vez echados a andar, se sostuvieron por razones económicas y religiosas migratorias. Fueron los casos de Cuba y República Dominicana en el Caribe y Nicaragua, El Salvador y Guatemala en Centroamérica.

Por el contrario, la intervención indirecta de Estados Unidos en países como Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Ecuador, Paraguay, Uruguay y Venezuela sirvió, en cierto modo, como un muro de contención a la emigración masiva. Los dictadores y los militares suelen poner barreras al libre movimiento de las personas y apoyarse, con medidas paternalistas, en los sectores populares. En las dictaduras de Chile, Argentina, Uruguay y Bolivia se emigraban por razones políticas eran fundamentalmente los disidentes de izquierda, muchos de ellos educados y de clase media, que preferían asilarse en Europa (Francia, Suecia) y otros países (Canadá, México, Australia), no tanto en Estados Unidos (Angell y Carstairs, 1987; Wright, 2007).

El reclutamiento (México y Puerto Rico) y los factores políticos (los dos países) jugaron, sin duda, un papel determinante en los flujos migratorios. Pero también empezaron a ser relevantes los factores demográficos y económicos. En las décadas de 1950-1960 el crecimiento demográfico en América Latina llegó a ser explosivo. En 1950 la tasa global de fecundidad fue de 5.88 hijos por mujer, se incrementó a 5.93 en 1955 y subió hasta 5.97 en 1960. A principios de la década de 1970 empezaron a aplicarse, en todos los países, medidas de control natal que tuvieron un impacto decisivo, pero limitado, en la estructura demográfica.

En el 2000 la tasa de natalidad había bajado a 2.52 hijos por mujer (United Nations, 2007). Sin embargo, el impacto del crecimiento demográfico se hizo sentir en las décadas de 1980 y 1990, cuando los *baby boomers* latinoamericanos empezaron a entrar en el mercado de trabajo y se incorporaron a la fuerza migratoria mundial.

Finalmente, hay que tomar en cuenta, como telón de fondo permanente, la situación económica de América Latina en la segunda mitad del siglo XX. Según Park (1995), la Alianza para el Progreso (1961-1970) no logró los objetivos esperados y fue considerada, en términos generales, un

fracaso. En la década de 1960 justamente empezaron a gestarse procesos migratorios en tres países de América del Sur: Colombia, Ecuador y Perú, que hoy tienen importantes colonias de emigrantes en Estados Unidos (Jokisch, 2007; Durand *et al.*, 2007; Chaney, 1980; Cardona, 1983; Díaz Brizuela, 1983; Altamirano, 1992, 1996; Herrera, 2005).

El modelo económico basado en la sustitución de importaciones llegó a su límite en 1970 y sus máximos exponentes, México y Brasil, se sumieron en prolongadas crisis económicas. La década de 1980 se considera como la “década perdida” en toda Latinoamérica. Varios factores relacionados inciden en la debacle: dimensiones exorbitantes de la deuda externa, inflación incontrolada, devaluaciones recurrentes, inestabilidad política y apertura indiscriminada a los mercados externos (Klikberg, 2001). Con el advenimiento del modelo económico neoliberal sobrevino el desmantelamiento de las industrias nacionales, las crisis bancarias y el agravamiento de la situación en el medio rural. Sólo algunos sectores exportadores se vieron ampliamente beneficiados.

Sólo en el caso chileno –y por condiciones políticas excepcionales– el modelo económico neoliberal tuvo éxito y enrumbó al país por la ruta del crecimiento y, más tarde, la democracia. Entre 1986 y 2000 prácticamente se duplicó el Producto Interno Bruto (Sabatini y Wormald, 2005). En los demás países, la aplicación de las medidas recomendadas por el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Interamericano de Desarrollo tuvo consecuencias nefastas y duraderas, que se prolongaron, en México y Brasil, hasta mediados de la década de 1990 y en Argentina hasta el 2002.

Comoquiera, desde mediados de la década de 1990 se empezó a observar cierta recuperación económica en América Latina y prácticamente todos los países entraron en una fase de estabilidad política. Con el fin de la Guerra Fría, Estados Unidos, moderó su política intervencionista en América Latina y se convirtió en un ferviente promotor de la democracia. Al mismo tiempo, rediseñó su política económica, basada en lo que se conoce como el Consenso de Washington, que consiste en el alineamiento general a las políticas neoliberales y el ingreso al mercado global.

En estos primeros años del siglo XXI parece que el sol ha empezado a albramar en América Latina. Se estima un crecimiento global de 4.5 en promedio para toda la región. Chile, Brasil y Perú han sostenido, por más de un lustro, altas tasas de crecimiento. Por el contrario, México y Argentina, todavía no levantan cabeza, pero hay signos de recuperación. No obstante, el crecimiento reciente de América Latina se debe quizá más al empuje

China e India, como consumidores de materias primas, que al nuevo delo económico y el efecto remolque de la economía norteamericana.⁴ Las condiciones cambiantes de la economía política de América Latina i tenido un impacto directo en los flujos migratorios. Durante las décadas 0-1980 los flujos migratorios más importantes fueron de carácter inter-rural-urbanos, que derivaron en la formación de megalópolis como el trito Federal, en México; Buenos Aires, en Argentina; Sao Paulo en Bra- grandes ciudades como Santiago en Chile, Caracas en Venezuela y Lima Perú (García Canclini, 2004).

Pero también se acentuaron ciertos flujos internacionales. En 1980 Cuba ró los controles a la emigración y dejó salir 120,000 refugiados pobres de el puerto de Mariel, proceso que transformó el perfil de clase de la igración cubana en Estados Unidos (Pedraza, 2007). En 1985 Japón cam- su política migratoria para promover la inmigración definitiva de los hi- de emigrantes de primera generación y la inmigración temporal de los segunda y tercera generación. Los nikkeis de Brasil y Perú se sumaron de nera decidida a esa oportunidad de emigrar a Japón (Takenaka, 2005; ser, 2006). En 1986, se promulgó la ley de reforma migratoria en Estados dos (IRCA) que permitió la legalización de más de 2.6 millones de latino- ericanos que vivían como trabajadores indocumentados en ese país. Los cesos de reproducción y reunificación familiar de carácter legal o irregu- han hecho que la población migrante de origen latinoamericana llegara el 2000 a 35 millones de personas y se convirtiera en la primera minoría en idos Unidos (US Census Bureau, 2000).

Finalmente, desde la década de 1990 se ha dado un proceso de masifica- i de la migración y de diversificación de las opciones migratorias para latinoamericanos. Además de Estados Unidos y Japón, Europa empezó a vitar como un nuevo y pujante lugar de destino para los emigrantes de la ón. Al mismo tiempo, se intensificaron los flujos intrarregionales, espe- mente a Argentina, Chile y Costa Rica.

Las cifras sobre la emigración latinoamericana están, por lo general, reestimadas. Sin embargo, gracias a mejores métodos de contabilidad y iformación de los países receptores se puede llegar a estimaciones más isas. De ese modo, podemos establecer dos niveles: uno, la emigración iva que supera al 10 por ciento de la población del país de origen y, dos, migración en proceso de crecimiento que alcanza al 7 por ciento. En el

primer caso se encuentran Puerto Rico, El Salvador, México, República Do- minicana, Cuba y Ecuador. En el segundo caso están Colombia, Nicaragua, Paraguay y Perú.⁵

Además, en la actualidad podemos distinguir tres procesos migrato- rios internacionales plenamente consolidados en América Latina y el Cari- be: la migración intrarregional, la migración sur-norte y la migración transoceánica.

Procesos y patrones migratorios

El proceso migratorio comprende tres dimensiones: social, temporal y espa- cial. La migración es un proceso social porque se explica no sólo a partir de factores económicos y políticos, sino que es el resultado de un complejo di- námico de cambios y múltiples interacciones que afectan al conjunto de la sociedad (Massey *et al.*, 1987). Es temporal, porque se desarrolla de manera procesual y supone fases: la partida, donde se enfatizan las causas; el arribo, donde se destaca el proceso de adaptación o integración y, finalmente, el impacto del fenómeno migratorio en la sociedad de destino (Massey *et al.*, 1987; Portes, 2007). También pueden considerarse como fases complemen- tarias las consecuencias y relaciones con el lugar de origen, tema directo de los transnacionalistas (Levitt y Glick Schiller, 2004; Guarnizo, 1994) y la migración de retorno (Durand, 2006; Egea *et al.*, 2005). Finalmente, el pro- ceso migratorio tiene una dimensión espacial porque el cambio de residen- cia modifica el ámbito de las relaciones sociales de los migrantes. Tradicio- nalmente, los estudios han tomando en cuenta los lugares de origen, tránsito y destino de la migración. En la actualidad, se analizan más bien los "circu- tos migratorios" (Durand, 1986), los espacios o "campos sociales transnacio- nales" (Levitt y Glick Schiller, 2004), los "flujos" (Anguiano y Trejo, 2007), los "territorios circulatorios" (Tarrius, 2000). Para realizar los procesos mi- gratorios se tiene que tomar en cuenta esas tres dimensiones.

Por su parte, el patrón migratorio hace referencia a las características o modalidades que definen y distinguen a los diferentes procesos. El sentido sociológico del término patrón, se refiere al tipo, modelo o camino que si- gue el proceso migratorio en cada caso. Un proceso puede tener varios pa- trones que se desarrollan a través del tiempo o de manera simultánea, como el caso mexicano (Durand, 1994, Durand y Massey, 2003).

⁵ Los cálculos se realizaron con base en datos de las Naciones Unidas sobre población mundial, el censo de 2000 de Estados Unidos e información censal sobre migrantes en países europeos.

⁴ Mientras Chile, Perú, Argentina y Brasil, ligados a los mercados europeo y asiático, cre- i ritmos de 6 y 7 por ciento; México estrechamente ligado a la economía norteamericana, 6.2 por ciento entre 2000 y 2007. *El País*, 6 de mayo de 2008.

El patrón migratorio, como toda tipología, representa una abstracción del mismo tiempo, supone una simplificación, una delimitación de rasgos fundamentales. Como dice Portes (1999) trabajar y elaborar tipologías es el primer paso en el proceso de teorización.

Proceso migratorio intrarregional

El proceso migratorio intrarregional, se da fundamentalmente al interior de diferentes subregiones: Mesoamérica, el Caribe y América del Sur. Algunos autores lo definen como migración entre países vecinos (Balán, 1988); lo califican como migraciones entre países limítrofes, aunque tienen ciertas precisiones porque no todos los países emisores son estrictamente países vecinos, como Perú y Argentina (Cerrutti y Maguid, 2007); también se refieren a categorías regionales específicas como las de Cono Sur o Mercosur, pero el problema es que los países integrantes pueden variar a través del tiempo (Maguid, 2005; Sassone, 2004); por su parte, Pellegrino (1989) se refiere a migraciones internacionales en las Américas e incluye a las que se dirigen desde Estados Unidos y Canadá; finalmente, Martínez Pizarro (2004, 2005) utiliza el término intrarregional, pero se refiere a éste como un patrón migratorio y no como un proceso.

En nuestro caso, optamos por una definición amplia del proceso intrarregional que incluye a todos los países latinoamericanos, por tanto, va más allá del concepto de frontera y lo regional, pero al mismo tiempo, excluye procesos de migración a Estados Unidos y Canadá y la que se da al interior de América del Sur y el Caribe.

El proceso migratorio intrarregional se caracteriza por su antigüedad y por haber existido desde el mismo tiempo por su moderada intensidad. Empezó en las últimas décadas del siglo XIX con la creación de los estados nacionales y la definición de las fronteras. Los flujos han sido predominantemente entre países vecinos y, en menor medida, entre las diferentes regiones. Hasta la década de 1960 la movilidad se daba preponderantemente al interior de América del Sur y América del Norte, debido, en buena parte, a la falta de vías de comunicación. Por otra parte, era difícil y complicado porque se exigían pasaporte y visa. Quizá la excepción era Argentina, que siempre mantuvo abierta la puerta a la inmigración. Posteriormente, en las décadas de 1970 y 1980, época de las dictaduras, se dificultó el movimiento de personas. Fue hasta la década de 1990 cuando empezó a liberalizarse el tránsito, el comercio y el turismo.

En el proceso migratorio intrarregional se pueden distinguir tres patrones migratorios: las migraciones fronterizas, étnica y ciudadana.

La migración fronteriza se caracteriza por ser temporal, de corta distancia y por estar vinculada, en muchos casos, a los ritmos estacionales de las cosechas en cultivos de plantación: café, tabaco, caña de azúcar, frutas y hortalizas. Son los casos de las familias bolivianas que van a trabajar a la zafra y el tabaco en el norte de Argentina (Danler y Madeiros, 1991); los paraguayos que se desplazan a los cultivos subtropicales de las quintas hortícolas y frutícolas del noreste argentino (Balán, 1988); los peruanos que cosechan plátano y mango en Ecuador porque los salarios se pagan en dólares; los campesinos nicaragüenses y los indígenas Ngobes panameños que van a cosechar el café en Costa Rica (Alverenga, 2000; Rosero *et al.*, 2002); los guatemaltecos que cosechan café en las fincas de Chiapas, México (Mosquera, 1990); los colombianos que trabajan en la agricultura en las regiones fronterizas de Zulia y Andes en Venezuela (Van Roy, 1987), los dominicanos que van a las cosechas de caña y café en Puerto Rico (Pascual y Figueroa, 2000) y los haitianos que acuden al corte de caña y la cosecha del café en República Dominicana (Catanese, 1999; Grasmuck, 1982).

La migración étnica fronteriza se da cuando los grupos étnicos mantienen territorios ancestrales en dos o más países. En estos casos, las fronteras nacionales se superponen sobre los espacios tradicionalmente reconocidos, transitados, utilizados, explotados por las comunidades de una determinada etnia. En términos estrictos no se trata de una migración, porque ellos se mueven en su territorio, pero dada la supremacía de los estados nacionales sobre los territorios étnicos, sí se puede considerar como una migración intrarregional. En algunos casos, hay convenios de libre circulación como entre varias tribus canadienses (Iroqueses, Pies Negros) y Estados Unidos; entre grupos norteamericanos y mexicanos (Kikapoo, Yaqui, Pima) y entre los indígenas Ngobes panameños y el gobierno de Costa Rica (Reid, 2007; Fabila, 1945a y b; Durand, 1994).

En otros casos se da una libre circulación de facto, como entre los mayas mexicanos y guatemaltecos que cosechan café; los aymaras peruanos y bolivianos que se dedican al comercio; los guaraníes paraguayos, argentinos y brasileros que trabajan en la agricultura; los tobas del Chaco y la puna, que son tanto bolivianos como argentinos y paraguayos y que trabajan en la zafra; los yanomamis venezolanos y brasileños que se mueven libremente por los ríos y senderos amazónicos y los guajiros colombianos y venezolanos que transitan libremente por la península. Varios de esos grupos indígenas, con territorios en dos países, están involucrados en trabajos temporales agrícola-

s, otros se dedican a la agricultura en ambos lados de las fronteras y muchos practican el comercio fronterizo y el contrabando (Gordillo, 1996).

Finalmente, la migración intrarregional urbana tiene dos modalidades: de migrantes de niveles medios y profesionales y la de trabajadores y campesinos, que es mayoritaria. La distinción se justifica porque, en la mayoría de los casos, esos dos tipos de migrantes no se relacionan entre sí en los usos de destino. Los migrantes con formación técnica y profesional suelen radicarse en las ciudades capitales. Por lo general, se trata de opciones individuales, de salidas en busca de mejores oportunidades laborales, educativas y de desarrollo profesional personales. En otros casos, se trata de redes migratorias, viejos lazos familiares y matrimonios mixtos. Finalmente, cada vez hay más casos de migración profesional y técnica inducida por empresas e tienen representaciones y negocios en distintos países.

Dos países han sido los principales receptores de migrantes profesionales latinoamericanos: Venezuela y México. En Venezuela, el *boom* petrolero entre 1950 y 1980, generó una demanda inusual de profesionales y trabajadores no calificados. De acuerdo con la regularización migratoria venezolana de 1980, el 12.3 por ciento de los inmigrantes bolivianos tenía estudios universitarios; el 10 por ciento de los peruanos, el 7.8 por ciento de los chinos y 8.9 por ciento de los argentinos (Van Roy, 1987). Los elevados salarios y niveles de vida fueron fundamentales para atraer migrantes profesionales a Venezuela. En la actualidad, la población nacida en el extranjero se acerca al millón de personas y representa el 4.4 por ciento de la población, proporción más alta de América Latina.

En menor escala, países como México, Ecuador, Chile y Argentina atraen migrantes profesionales porque ofrecen salarios comparativamente altos que los de los países de origen. En esta categoría de migrantes urbanos hay que incluir a los exilados por motivos políticos, por lo general, desde la izquierda que salieron en busca de asilo en las décadas de 1970 y 1980. Son los casos de chilenos, argentinos, uruguayos, bolivianos y centroamericanos que buscaron y encontraron asilo en distintos países latinoamericanos. Se estima que durante la dictadura de Pinochet, salieron de Chile unos 200,000 personas, es decir, un 2 por ciento de la población de ese país en 1973. Los chilenos se asilaron principalmente en México, Venezuela, Canadá, Francia, Suecia y varios países socialistas (Wright Thomas y Oñate, 2008; Angell y Carstairs, 1987).

Aunque el exilio cubano se dirige principalmente a Estados Unidos, en los últimos años se ha diversificado y participa ahora de los flujos intrarregionales: Colombia, México, Brasil y Venezuela (Duany, 2002; MPI, Data Hub, 2008).

Las dictaduras y los regímenes autoritarios eran muy recelosos con la emigración de sus nacionales y el arribo de extranjeros. Una práctica común era deportar a los disidentes y en seguida cerrar las puertas. De ese modo, inhibían las salidas y los ingresos. Dejando de lado la situación de Cuba, que es extrema, el caso de República Dominicana, resulta paradigmático. Durante la dictadura de Trujillo no había posibilidad de emigrar y la policía política era la que controlaba la emisión de pasaportes (Gardiner, 1979). Durante la dictadura de Pinochet, huyeron de Chile cerca de 200,000 personas y la población extranjera disminuyó de 90,441 personas en 1970 a 84,345 en 1982. Las dictaduras suelen enfatizar el control interno de la población y justifican su política migratoria con argumentos de seguridad nacional (Mármora, 1997).

Por su parte, el patrón migratorio urbano de origen campesino y popular, se caracteriza porque busca establecerse en los lugares de destino, y por ser de larga distancia respecto al lugar de origen, lo que dificulta el retorno. Esos migrantes se incorporan a mercados de trabajo secundarios: servicio doméstico, cuidado de ancianos, limpieza, construcción, maquila, servicios y comercio informal. Otra característica es su tendencia al desarrollo de economías étnicas en calles, zonas y barrios. Finalmente, suelen apropiarse de ciertos nichos o espacios laborales. Son los casos de las "nanas" y migrantes peruanos en Santiago de Chile; de los bolivianos y paraguayos que trabajan en la construcción en Buenos Aires, Argentina; de los colombianos en Caracas, Venezuela; de los nicaragüenses que van a San José de Costa Rica y de los dominicanos que trabajan en San Juan de Puerto Rico (Duany, 1995; Grasmuck y Pessar, 1991; Cardona, 1983; Rosero *et al.*, 2002; Sassone *et al.*, 2004).

El caso argentino es quizás el más relevante por su antigüedad y diversidad. Grupos de chilenos, paraguayos y bolivianos y, más recientemente, peruanos, tienen presencia importante en diferentes ciudades, pero muy especialmente en Buenos Aires, donde incluso han formado barrios con un alto grado de concentración étnica de acuerdo con sus países de origen (Vior, 2006; Bertone de Daguerre, 2003; Vargas, 2005; Sassone, 2004). En Caracas, la migración intrarregional fue importante durante la década de los ochenta, en especial de colombianos y ecuatorianos, pero desde fines del siglo XX esa ciudad dejó de ser un polo de atracción migratorio. Por el contrario, se ha iniciado más bien la emigración de diversos sectores por motivos políticos.

En la actualidad, la migración intrarregional en América Latina, se puede caracterizar como un proceso acotado que tiene relevancia en muy pocos países. Quizás el caso más notable sea el de Costa Rica, donde la población extranjera proveniente de Nicaragua representa el 7 por ciento

del total y el 70 por ciento de la población extranjera. En Argentina la población extranjera representa el 4,2 por ciento del total y la migración intrarregional que proviene de Chile, Bolivia, Paraguay y Perú representa el 2,8 por ciento. En Chile, la inmigración es un proceso muy reciente y la población extranjera representa apenas el 1,2 por ciento del total, de los cuales 26 por ciento proviene de Argentina, 20,5 por ciento de Perú, 6 por ciento de Bolivia y 5,1 por ciento de Ecuador y el 42 por ciento de otros países (MPI, Data Hub, 2008).

La migración intrarregional en América Latina se ha facilitado notablemente por la liberalización de los trámites migratorios, como consecuencia directa de los procesos de integración económica del Mercosur, la Comunidad Andina, los tratados de libre comercio en Centroamérica y a reciente UNASUR (Unión de Naciones Sudamericanas) impulsada por Brasil en 2008. Los sudamericanos pueden viajar por la región sin visa y, en algunos casos, sin la necesidad de presentar pasaporte, sólo la presentación de un documento nacional de identidad. En Centroamérica, el Programa CA4 permite el libre tránsito entre Nicaragua, Honduras, El Salvador y Guatemala.

Sólo tres países latinoamericanos mantienen políticas restrictivas: Puerto Rico, porque allí se aplican los criterios de Estados Unidos; México y Costa Rica. México exige visas a la mayoría de los latinoamericanos como una forma de evitar que ingresen al país migrantes que buscan llegar a Estados Unidos. En Costa Rica, la razón es otra: se trata de controlar la migración indocumentada de Nicaragua y Panamá, pero se permite el libre ingreso de otros latinoamericanos.

Proceso migratorio sur-norte

La literatura suele referirse a la migración sur-norte en términos globales, más que geográficos, y se trata de destacar la relación asimétrica que existe entre países desarrollados e industrializados que, por lo general, se ubican en el norte y los países pobres y en vías de desarrollo que se sitúan en el sur (Polberg, 1989; Portes, 2007; Martínez, 2004).

En el caso latinoamericano el proceso migratorio sur-norte se establece en el contexto de la dependencia, dominación, disparidad y atracción que existe entre Estados Unidos sobre toda la región. La emigración a Estados Unidos es un proceso histórico generalizado, con una amplia tradición y de carácter masivo. En ese sentido, hay una serie de factores que distinguen ese proceso

de los flujos más recientes que se dirigen a Europa, Japón y otros países industrializados (Palazón, 1996).

A lo largo del siglo xx América Latina se ha convertido en el principal reservorio de mano de obra para la economía estadounidense. Para México, República Dominicana, Puerto Rico, Colombia, Perú y Ecuador la migración a Estados Unidos ha sido un recurso permanente y ciudades como Los Ángeles, Nueva York, Chicago y Miami han sido y siguen siendo referentes claves de la migración latinoamericana.

El proceso sur-norte involucra a Estados Unidos y Canadá, pero las diferencias son notables. Mientras la migración latinoamericana a Estados Unidos representa cerca de la mitad de la población extranjera (48,5 por ciento), en Canadá la población latina representa menos del 3 por ciento. En otras palabras, en Estados Unidos los latinoamericanos constituyen el grupo mayoritario de migrantes y en Canadá son una minoría. El grupo más numeroso de migrantes en Canadá es el mexicano y representa sólo el 0,75 por ciento del total de extranjeros, le siguen los salvadoreños (0,69 por ciento) y chilenos (0,44 por ciento) muchos de los cuales fueron recibidos como refugiados en las décadas de 1970-1980 (MPI, Global Data, 2008a; MPI, Data Hub, 2008; Pew Hispanic Center, 2008; García, 2006).

Existe amplia información acerca de la migración latinoamericana en Estados Unidos, pero se requiere un manejo cuidadoso de la información, ya que la población se puede agrupar de diferentes maneras. Por una parte, está la población inmigrante que constituye la primera generación y nació en el exterior. Esa primera generación se puede subdividir en población migrante legal e indocumentada. Los migrantes legales, a su vez, pueden subdividirse en residentes o naturalizados. Por otra parte, están los hispano-latinos de origen latinoamericano que nacieron en Estados Unidos y constituyen la segunda y subsiguientes generaciones. Finalmente, todos los grupos y subgrupos sumados forman lo que se conoce como la población hispano-latina.

En 2006 la población migrante latinoamericana se estimaba en 20,4 millones de personas. Los mexicanos figuraban en primer lugar (11,5 millones), seguidos de los portorriqueños (3,9 millones), salvadoreños (un millón), cubanos (932 mil), dominicanos (764 mil) y colombianos (589 mil). Llama la atención el caso de El Salvador que superó a Cuba y República Dominicana. Sin embargo, en términos regionales, la proporción se mantiene: en primer lugar, Mesoamérica, después el Caribe y, finalmente, América del Sur, que crece a un ritmo menor, debido a una mayor diversificación de sus destinos.

CUADRO 1

POBLACIÓN MIGRANTE LATINOAMERICANA (NACIDOS FUERA)
POR REGIONES DE ORIGEN EN ESTADOS UNIDOS, 2006

Región	Año 2006
Caribe Insular Hispano	11'534,972
Centroamérica	6'725,448
Sudamérica	2'669,558
Total	2'499,467
	20'373,930

Fuente: Pew Hispanic Center, 2008a, con base en el censo de 2000 y la American Community Survey, 2006. El cálculo para el Caribe es nuestro, sólo comprende al Caribe insular hispano y se hizo con base en datos del PHC para Cuba y Dominicana y datos del Censo para Puerto Rico.

La población latinoamericana es la que más crece en Estados Unidos. En las últimas cuatro décadas el crecimiento de la población ha sido vertiginoso. Entre 1960 y 2000 la población de origen latinoamericano pasó de 6.9 a 35.3 millones de personas. Ese incremento en números absolutos la ha convertido además en la tercera minoría en Estados Unidos, superando a la población afroamericana. Seis millones más tarde, en 2006, la distancia se incrementó aún más: la población latina pasó a 44.3 millones lo que representa el 14.8 por ciento del total, en tanto la población afroamericana representó el 12.2 por ciento (Pew Hispanic Center, 2008). La población latina en Estados Unidos aumenta tanto por crecimiento natural como por inmigración. Por esa razón, se estima que en 2050 habrá superado los 100 millones de personas y será la segunda concentración más importante de hispanohablantes a nivel mundial.

CUADRO 2

POBLACIÓN DE ORIGEN HISPANO-LATINO EN ESTADOS UNIDOS,
PROYECCIONES 2000-2050

Año	2000	2010	2020	2030	2040	2050
Personas	35,622	47,756	59,756	73,055	87,585	102,560

Fuente: U.S. Census Bureau (2004) "U.S. Interim Projections by Age, Sex, Race, and Hispanic Origin" <http://www.census.gov/ipc/www/usinterimproj/>

Los latinoamericanos son una amplia mayoría en lo que respecta a las estimaciones sobre la población migrante indocumentada: 81 por ciento (Passel,

2005). La mayor parte proviene de México (57 por ciento) y el resto (24 por ciento) de los otros países latinoamericanos.

México ha sido el país dominante de la comunidad latina, dada su peculiar relación histórica, geográfica y migratoria con Estados Unidos. El censo de 2000 reportó la presencia de 20.6 millones de latinos de origen mexicano, es decir, el 58.5 por ciento de la población latina total. Una característica de la migración mexicana ha sido la polaridad de su situación legal en Estados Unidos: por una parte, una población con papeles y, por otra, una población indocumentada (Massey *et al.*, 2002).

La población del Caribe aportaba un 15.3 por ciento de la población latina en 2000. El proceso migratorio en el Caribe se desarrolló de manera diferente. Arrancó con la emigración de trabajadores portorriqueños después de la Segunda Guerra Mundial en respuesta a un agresivo programa de reclutamiento; siguió la llegada masiva de refugiados cubanos en las décadas de 1960-1970 y, finalmente, a partir de la década de 1970 se desarrolló la inmigración de trabajadores dominicanos. En esos tres casos hubo diferencias en cuanto al estatus legal de los flujos migratorios. Los portorriqueños llegaron como ciudadanos, los cubanos como refugiados y los dominicanos como inmigrantes documentados e indocumentados (Duany, 1995; Grasmuck y Pessar, 1991; Pedraza, 2007).

CUADRO 3

PROCESO HISTÓRICO DE INCORPORACIÓN DE DIVERSAS REGIONES
A LA POBLACIÓN LATINA EN ESTADOS UNIDOS

1900	México	2010
	1950	2010
	Caribe	2010
	1975	2010
	1990	Sudamérica
		2010

La población de origen centroamericano representaba el 4.8 por ciento en 2000 y su historia migratoria corresponde a una etapa posterior, la década de 1980. Las guerras civiles en Nicaragua (1976-1979), El Salvador (1979-1991) y Guatemala (1980-1996) detonaron intensos procesos emigratorios a Estados Unidos. Posteriormente, la crisis derivada del paso de huracanes en Honduras (Mitch en 1998) impulsó y facilitó el flujo migratorio de ese país como refugiados ambientales. La proporción de migrantes de los países centroamericanos a la comunidad latina es desigual: El Salvador y Guatemala son los más impor-

tantes, seguidos por Honduras y, en menor medida, Nicaragua, Panamá y Costa Rica (Hamilton y Stoltz, 2001; Menjivar, 2000).

Finalmente, la comunidad latina de origen sudamericano aporta un 3.8 por ciento de la población latina total y tiene una historia más reciente. Si bien las primeras migraciones se remontan a las décadas de 1950-1960, el flujo migratorio cobró fuerza en las siguientes décadas de 1980-1990, cuando la cifra de colombianos superó el medio millón y Perú triplicaron sus poblaciones en Estados Unidos. Cuando se inició el proceso los latinoamericanos podían conseguir fácilmente visa de residencia, luego se acogieron al sistema de cuotas y, finalmente, a la reunificación familiar (Reimers, 1992). En otros casos, ingresaban con visas de turista y permanecían más tiempo del permitido (Altamirano, 1992 y 1996; Cardona *et al.*, 1980). En situaciones especiales, es decir, demanda de trabajadores para nichos laborales específicos, se ofrecieron visas especiales (H2). A ellas se acogieron, por ejemplo, cerca de tres mil peruanos de origen indígena, que llegaron a trabajar como pastores de ovejas en las montañas del oeste americano (Paerregaard, 2005).

Las edades de los migrantes latinoamericanos oscilan entre 33 y 48 años. Los mexicanos son los más jóvenes y los caribeños los de mayor edad. La composición por sexo ha cambiado a través de los años. En la actualidad, existe una presencia femenina considerable, que supera incluso a la migración masculina en los casos del Caribe y América del Sur. Los niveles educativos de la población latina son muy heterogéneos. Los mexicanos y centroamericanos tienen índices educativos bajos en comparación con los de América del Sur. Esa diferencia tiene que ver con que la migración mexicana, centroamericana y buena parte de la caribeña, es de origen, obrera y campesina; en cambio, los migrantes de América del Sur provienen más bien de estratos medios, urbanos, profesionales y técnicos.

CUADRO 4

REGIONES LATINOAMERICANAS: COMPOSICIÓN DE LA POBLACIÓN MIGRANTE POR EDAD, SEXO Y EDUCACIÓN EN EL AÑO 2000

Región	Edad	Hombres		Mujeres		Educación	
		%	12 años	%	12 años	Profesional	
México	33	55.3	20.8	44.7	3.1		
Caribe	43	47.5	28.8	52.5	11.3		
Centroamérica	36	50.6	25.1	49.4	7.0		
América del Sur	38	47.9	28.7	52.1	19.2		

Fuente: U.S. Census Bureau, *IPUS*, 5 por ciento, 2000.

En síntesis, la migración sur-norte es en la actualidad la más importante en América Latina y el Caribe, tanto por su volumen como por su impacto en las sociedades de origen y destino. Los migrantes generan, por ejemplo, 180,000 millones de dólares anuales en remesas (BID, 2007). La migración sur-norte es muy evidente en México y Centroamérica, donde los flujos son de carácter unidireccional, es decir, se dirigen claramente a Estados Unidos. Las migraciones de América del Sur y el Caribe, con excepción de Puerto Rico, son más diversificadas en cuanto a los lugares de destino, aunque se orientan también a países del "norte" en términos geográficos y económicos.

Existen tres casos extremos en cuanto a migración se refiere: México, Puerto Rico y El Salvador. México es único por el volumen de su migración (más de 11 millones de migrantes nacidos en México); por su impacto en la sociedad de destino (casi seis millones de indocumentados) y por su peso específico en la población hispano-latino (20.6 millones de personas de origen mexicano). Es único también por el impacto de la migración en México: 10.5 por ciento de la población vive fuera y el país recibe remesas por más de 24,000 millones de dólares anuales.

El caso portorriqueño, es aún más excepcional, dada su condición de "país libre asociado". La excepcionalidad de Puerto Rico tiene tres características: los portorriqueños tienen pasaporte norteamericano, Puerto Rico, es más pobre que cualquier estado de Estados Unidos y el 50.5 por ciento de su población radica en el continente, cifra que es necesario matizarla (Duany, 2002a), dado que la migración portorriqueña puede considerarse internacional si se acepta que Puerto Rico es parte de América Latina y es migración interna si se asume que la isla forma parte de Estados Unidos. En este caso, no es excepcional ya que más del 50 por ciento de la población de varios estados norteamericanos vive fuera.

El Salvador es un caso extremo porque una proporción muy alta de su población (14.5 por ciento) radica fuera del país (Pellegrino, 2001), es decir, se trata de una migración masiva. Después de Puerto Rico, El Salvador es el país de mayor intensidad migratoria en América Latina.

Finalmente, hay que señalar que el impacto de las remesas en América Latina ha afectado la balanza de pagos de muchos países, ha estimulado el crecimiento del mercado interno y ha incrementado el bienestar de las familias que tienen migrantes y reciben dinero. El volumen total de las remesas estimado para América Latina y el Caribe en el 2006 fue de 234,000 millones de dólares, de los cuales 180,000 dólares provenían de Estados Unidos y 54,000 dólares del resto del mundo (BID, 2007).

PROCESOS migratorios transoceánicos

Los procesos migratorios transoceánicos son aquellos que se dirigen hacia otros lugares fuera del continente americano. En muchos casos, forman parte de procesos sur-norte en sentido global, pero la asimetría entre países no es el único factor que explica esos desplazamientos. Desde hace unos años han comenzado a emerger otros factores como las relaciones históricas coloniales, las historias migratorias particulares, los derechos de las diversas generaciones de migrantes, los acuerdos bilaterales, las políticas migratorias que favorecen la migración de acuerdo al criterio de etnicidad. De ese modo, en América Latina se destacan hoy dos lugares de destino: Europa y Japón.

La migración latinoamericana a Europa es un fenómeno nuevo que se acelera a partir de la última década del siglo XX. Los ciudadanos de varios países de América del Sur no requerían visa para ingresar a Europa. Aquellos que la requerían, como los peruanos, utilizaban otras rutas, como Holanda, para ingresar a Europa y desde ahí desplazarse a España o Italia. Es un fenómeno focalizado en algunos países: Ecuador, Colombia, República Dominicana, Argentina, Perú y en menor medida, Bolivia, Cuba y Brasil (Ponce, 2005; Anghiano, 2002). México y Centroamérica prácticamente no envían migrantes a Italia y del Caribe sólo salen dominicanos (6.6 por ciento) y cubanos (5.5 por ciento) (Padilla y Pexioto, 2007; Onifazi y Ferruzza, 2006). Sin embargo, la emigración a Italia es de sectores populares que se insertan en la construcción y el servicio doméstico.

Los países de destino también son específicos: España, Italia y Portugal, lo que tiene que ver sin duda con el idioma y las relaciones históricas y migratorias de esos países con la región latinoamericana. Sin embargo, como se aprecia en el cuadro 5 la migración latinoamericana tiene poco peso en la Unión Europea. La excepción es España, pero incluso en ese caso, la emigración legal representa sólo una tercera parte del total de migrantes.

Como suele ocurrir, las cifras de inmigrantes legales subestiman la población total, dado que existe una proporción de inmigrantes indocumentados que podría afectar las cifras. Pero también es cierto que en España, Italia y Portugal se han llevado a cabo varios programas de regularización, lo que ha hecho que los migrantes empiecen a figurar en las bases de datos oficiales (Padilla y Pexioto, 2007). Por otra parte, hay población de origen latinoamericano que tiene la nacionalidad o doble nacionalidad y de esa manera escapa a la contabilidad de inmigrantes. Según Valls y Martínez (2006) la población latinoamericana indocumentada en el momento en que realizaban su investigación representaba cerca del 50 por ciento de la que estaba regularizada. En España el cálculo se puede realizar comparando los permisos de residencia y el "padrón continuo"

CUADRO 5

PRINCIPALES LUGARES DE DESTINO DE LA MIGRACIÓN LATINOAMERICANA EN EUROPA CON PERMISO DE RESIDENCIA, 2004 Y 2005

País	Migración de Latinoamérica	Otras nacionalidades	% Latinoamérica	Total
Alemania	93,760	6'107,491	1.5	6'201,251
Francia	46,662	6'107,491	1.4	3'263,186
España	1'064,916	1'956,892	35.2	3'021,808
Italia	204,826	2'022,741	9.2	2'227,567
Inglaterra	112,781	2'628,607	4.1	2'741,388
Portugal	56,422	312,855	15.3	369,297

Fuente: Padilla y Pexioto (2007).

en el que todos los migrantes suelen registrarse porque les da acceso a una serie de beneficios, como el acceso a la seguridad social.

La distribución por sexo de la migración latinoamericana está equilibrada, salvo en los casos de República Dominicana y Brasil, que tienen altas proporciones de mujeres: 69 y 70 por ciento respectivamente. La inserción laboral sigue el patrón tradicional en migrantes de sectores populares: hombres en la industria de la construcción y la agricultura y mujeres en el trabajo doméstico y la hotelería (Valls y Martínez, 2006).

Aunque todos los países latinoamericanos tienen migrantes en España, se destacan los de América del Sur (88.8 por ciento). Los flujos más importantes son los de Ecuador (35.3 por ciento), Colombia (21.1 por ciento), Perú (8.5 por ciento), Argentina (8.2 por ciento) República Dominicana (5.5 por ciento) y Bolivia (4.9 por ciento) (Padilla y Pexioto, 2007).

Los argumentos esgrimidos en España para explicar ese incremento es que la migración latinoamericana resultó "favorecida" por las políticas migratorias de 1996 y que se dio un proceso de "sustitución étnica", es decir, que se incentivó la inmigración europea y latinoamericana respecto a la de África del Norte y la Subsahariana (Valls y Martínez, 2006). Otros opinan que los procesos de regularización han provocado un efecto "llamada" ya que los indocumentados que no pueden acogerse a un programa de regularización esperan el siguiente.

Italia es el segundo país de destino de los migrantes latinoamericanos: Perú (23.8 por ciento), Ecuador (23.6 por ciento), Brasil (13.2 por ciento), Colombia (7.5 por ciento), Argentina (7.0 por ciento). Llama la atención que Argentina ocupe sólo el quinto lugar dada la intensa relación migratoria entre ambos países.

es razones pueden explicar esa situación. En primer lugar, Argentina, a pesar de las crisis, no es país de alta intensidad migratoria como Perú, Ecuador y Colombia. En segundo lugar, muchos argentinos tienen doble nacionalidad y de este modo no aparecen ya como extranjeros en los registros. Finalmente, muchos migrantes argentinos, aunque sean de origen italiano y obtengan la nacionalidad, prefieren instalarse en España, dada la facilidad del idioma. En España había 86,921 argentinos y sólo 14,360 en Italia.

CUADRO 6

MIGRANTES DE ORIGEN LATINOAMERICANO CON PERMISO DE RESIDENCIA, POR REGIÓN DE ORIGEN EN TRES PRINCIPALES DESTINOS EUROPEOS, CIFRAS DE 2004 Y 2005

Región	España	Portugal	Italia	Total
Centroamérica y México	20,461	386	11,599	32,446
Caribe (Cuba y Dominicana)	98,339	690	26,30	125,059
Suramérica	946,116	55,366	167,197	1'168,679
Total Latinoamérica	1'064,916	56,442	204,826	1'326,184

Fuente: Cálculo en base a datos de Padilla y Pexioto (2007).

En tercer lugar está Portugal, donde la mayoría de los inmigrantes latinoamericanos proviene de dos países: Brasil (88 por ciento) y Venezuela (6.0 por ciento). El predominio de la migración brasileña se explica por la antigua e intensa relación histórica, colonial y lingüística entre ambos países (Padilla y Pexioto, 2007). En el caso de Venezuela, porque hubo una emigración portuguesa importante en la década de 1960 durante el *boom* petrolero (Van Roy, 1987). Además de Europa, se ha desarrollado otro flujo importante hacia Japón. Normalmente se trata de un reflujo, de la segunda y tercera generación de inmigrantes japoneses que llegaron a Brasil, Perú, Bolivia y otros países.

Conclusiones

Concluir la primera década del siglo XXI América Latina y el Caribe participan en el escenario global de la migración internacional con un aporte aproximado de 30 millones de personas, lo que representa el 15 por ciento del total de los 191 millones de migrantes estimados a nivel mundial. A su vez, los migrantes representan el 5.5 por ciento del total de la población latinoamericana estimada en 523 millones de personas. Por otra parte, estos mi-

grantes han optado principalmente por emigrar dentro del continente, 23.5 millones radican en Estados Unidos y 3.5 millones en distintos países de la región. Además, en épocas recientes, se han dirigido hacia Europa donde radican 2 millones y hacia Japón que acoge a poco menos de medio millón.

Las estimaciones sobre el número de migrantes indocumentados son una caja negra que debe ser analizada en cada caso concreto y no se puede generalizar. En muchos países las cifras censales incluyen indocumentados, como en Estados Unidos; en otros países los registros municipales incluyen migrantes irregulares, como en España, pero muchas veces estos datos no se actualizan o depuran. Por lo general, las cifras de migrantes legales o registrados subestiman a la población total, ya que no contabilizan a todos los migrantes indocumentados. No obstante, en muchas ocasiones, las cifras que ofrecen los medios informativos, organizaciones gubernamentales y representantes políticos suelen sobreestimar el monto de indocumentados.

La migración irregular es sin duda un problema serio para los migrantes que están en esa situación y para los países receptores. Sin embargo, se percibe un rasero diferente cuando se juzga o califica a los trabajadores indocumentados y a los empleadores que contratan y explotan migrantes indocumentados. En muchos países ricos y desarrollados la situación laboral y las condiciones de vida de los trabajadores, no sólo es cuestionable, sino inadmisibles. Las remesas tienen su contraparte en la austeridad de vida de los migrantes, el hacinamiento, las interminables horas de trabajo, los dobles turnos y, obviamente, los trabajos más duros, riesgosos y mal pagados. La inmensa mayoría de los que remesan ganan salarios mínimos. Lo que coloca en una dimensión distinta su nivel de solidaridad con la familia y la comunidad de origen.

La migración es un ejercicio de libertad, pero también es, en muchos casos una necesidad, una búsqueda desesperada de salida, una manera de huir de las condiciones de pobreza, marginación y sobreexplotación en los países y regiones de origen.

América Latina y el Caribe han quedado marcados por los flujos migratorios de millones de personas que llegaron de Europa, África, Asia, Oriente y Medio Oriente. El impacto social, económico, político y cultural de las migraciones forma ya parte sustantiva de la identidad de cada país y de la región en su conjunto. El balance final, después de más de un siglo de flujos migratorios en América Latina es sumamente positivo. Es más, se podría decir que los procesos de integración de muy diversas nacionalidades en América Latina han sido no sólo fluidos sino ejemplares. Y lo más sorprendente es que el proceso de integración se realiza sin participación de programas estatales, es la sociedad en su conjunto la que acoge y se adapta. Al mismo tiempo la actitud

los inmigrantes y la facilidad con que se adaptaron e integraron ha sido preminente.

Por su parte, la emigración latinoamericana es un fenómeno relativamente reciente. Se vislumbra que en el futuro se intensifiquen los procesos, se incorporen nuevos países y se diversifiquen los destinos. Hay procesos añejos y consolidados como el de México y Puerto Rico, y procesos nuevos que han irrumpido con fuerza inusitada y se han hecho masivos en un par de décadas, como los de Ecuador y El Salvador. Hay procesos marcadamente unidireccionales, decir, que se dirigen a un único destino, como los que se originan en México y Centroamérica en relación con Estados Unidos, y otros donde se advierte una mayor diversificación de destinos como en el Caribe y América del Sur. Los migrantes latinoamericanos han conformado procesos migratorios donde coexisten flujos legales e indocumentados. Otros, hacen valer derechos basados en lazos familiares, étnicos y generacionales con inmigrantes que llegaron a América Latina en épocas pasadas.

Salvo dos excepciones —Chile y Costa Rica— América Latina oscila entre momentos de auge y periodos prolongados de crisis económica. La pobreza y la falta de oportunidades es un lastre generalizado que influye de manera directa e indirecta en los flujos migratorios. En países y regiones como México, Centroamérica y el Caribe son principalmente los sectores populares, obreros y campesinos, los que se insertan en la dinámica migratoria. Por el contrario, en América del Sur y los sectores medios y medios bajos, los que optan por la emigración. Aunque la emigración latinoamericana comprende ambos géneros, en algunos casos como Perú, Brasil y República Dominicana la presencia femenina es mayor.

Con todo, existen países donde la migración es moderada. Es el caso de Venezuela, que hasta la década de 1980 recibía inmigrantes y ahora, debido a las políticas, ha empezado a expulsar población de los sectores altos y medios. Por su parte, Brasil, un gigante con más de 200 millones de habitantes, también ha empezado a generar flujos emigratorios hacia Estados Unidos, Portugal y Japón.

La emigración latinoamericana a Estados Unidos sigue siendo la más importante en términos numéricos y la más dinámica, si se la compara con la migración intrarregional y la transoceánica, pero debido a las medidas restrictivas de la política migratoria norteamericana, en un futuro es posible que se modere el ritmo de crecimiento. Es probable, entonces, que aumente la migración transoceánica, debido a la migración transgeneracional y las oportunidades que ofrecen los países latinoamericanos de Europa, donde hay afinidad lingüística y cultural. Finalmente, la migración y el libre tránsito, sin requerimientos de visa o pasaporte, en América del Sur y Centroamérica redundarán en un mayor flujo migratorio intrarregional.

Bibliografía

- ALTAMIRANO, Teófilo (1992), *Éxodo. Peruanos en el exterior*, Lima, Universidad Católica del Perú.
- (1996), *Migración. El fenómeno del siglo*, Lima, Universidad Católica del Perú.
- ALVERENGA VENUTOLO, Patricia (2000), *Trabajadores inmigrantes en la cafetalera*, Costa Rica, Flacso, Cuadernos de Ciencias Sociales, 116.
- ANGELL, Alan y Susan Carstairs (1987), "The Exile Question in Chilean Politics", en *Third World Quarterly* 9, 1, pp. 148-167.
- ANGUANO, María Eugenia (2002), "Emigración reciente a España: trayectorias laborales y movilidad ocupacional", en *Gaceta Laboral* 8, 3, Venezuela, Universidad de Zulia, pp. 411-424.
- y Ana Paola Trejo (2007), "Vigilante and Control at the U.S. Mexico Border Region. The New Routes of International Flows", en *Papeles de Población* 51, pp. 37-65.
- BALÁN, Jorge (1988) "International Migration in Latin America: Trends and Consequences", en Reginald T. Appleyard (ed.), *International Migration Today*, vol. 1, pp. 210-259.
- BERTONE DE DAGUERRE, Celia (2003), "Migración boliviana, identidad y territorio. El barrio charrúa: de villa miseria a barrio étnico", en *Contribuciones Científicas*, Argentina, Bahía Blanca, pp. 71-78.
- BID (2007), *Las remesas como instrumento de desarrollo*, Washington, D.C., Banco Interamericano de Desarrollo.
- BONIFAZI, Conrado y Angela Ferruzza (2006), "Mujeres latinoamericanas en Italia: una nueva realidad del sistema de migraciones internacionales", en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 32, pp. 169-177.
- CARDONA, Ramiro (1983), "Apuntes sobre la migración de colombianos a Venezuela", en *Migraciones latinas y formación de la nación Latinoamericana*, Caracas, Fundación Bicentenario de Simón Bolívar, pp. 183-237.
- y Sara Rubiano de Velásquez (eds.) (1980), *El éxodo de colombianos. Un estudio de la corriente migratoria a los Estados Unidos y un intento para propiciar el retorno*, Bogotá, Ediciones del Tercer Mundo.
- CATANESE, Anthony (1999), *Haitians. Migration and Diaspora*, Oxford, West View.
- CERRUTI, Marcela y Alicia Maguid (2007), "Inserción laboral e ingresos de los migrantes limítrofes y peruanos en el gran Buenos Aires", en *Notas de Población* 83, pp. 75-98.

- HANEY, Elsa (1980), "América Latina en los Estados Unidos. Colombianos en Nueva York", en Ramiro Cardona y Sara Rubiano de Velásquez (eds.), *El éxodo de colombianos. Un estudio de la corriente migratoria a los Estados Unidos y un intento para propiciar el retorno*, Bogotá, Ediciones del Tercer Mundo, pp. 192-263.
- ANLER, Jorge y Carmen Madeiros (1991), "Migración temporaria de Conchabamba, Bolivia a la Argentina: patrones e impacto en las áreas de envío", en Patricia R. Pessar (ed.), *Fronteras permeables. Migración laboral y movimientos de refugiados en América Latina*, Buenos Aires, Planeta, pp. 220-235.
- IAZ-BRIQUETS, Sergio (1983), "Flujos, volúmenes y políticas diferenciales en las migraciones intrarregionales en Latinoamérica", en *Migraciones internacionales en las Américas*, Caracas, Centro de Estudios de Pastoral y Asistencia Migratoria 2, pp. 67-98.
- IAZ DE KURI, Martha y Lourdes Macluf (1995), *De Líbano a México. Crónica de un pueblo emigrante*, México, Gráfica, Creatividad y Diseño.
- UANY, Jorge, Luisa Hernández Angueira y César A. Rey (1995), *El Barrio Gandul. Economía subterránea y migración indocumentada en Puerto Rico*, Venezuela, Editorial Nueva Sociedad, 1995.
- (2002), *The Puerto Rican Nation on the Move: Identities on the Island & the United States*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- (2004), "Between the nation and the Diaspora. Migration to and from Puerto Rico", en Maura I. Toro-Morn y Marixa Alicea (eds.), *Migration and Immigration: A Global View*, Westport, Greenwood Press, pp. 177-196.
- (2002a), "Mobile Livelihoods: The sociocultural Practices of Circular Migrants between Puerto Rico and the United States", en *International Migration Review*, vol. 36, núm. 2, pp. 355-388.
- (2008), "The nation and the Diaspora. The multiple repercussions of Puerto Rico emigration" (en prensa).
- (1986), "Circuitos migratorios en el Occidente de México", en *Revue Européenne des Migrations Internationales*, vol. 2, París, pp. 49-67.
- (1994), *Más allá de la línea. Patrones migratorios entre México y Estados Unidos*, México, Conaculta, Colección Regiones.
- DURAND, Jorge, Douglas S. Massey y Emilio A. Parrado (1999), "The New Era of Mexican Migration to the United States", en *Journal of American History*, 86, 2, pp. 518-536.
- y Douglas S. Massey (2003), *Clandestinos. Migración México Estados Unidos en los albores del siglo XXI*, México, Miguel Ángel Porrúa.
- DURAND, Jorge (2006), "Los inmigrantes también emigran: la migración de retorno como corolario del proceso", en *Revista Interdisciplinaria de Movilidad Humana* 26 y 27, XIV, pp. 167-189.
- , Edie Telles y Jennifer Flashman (2007), "The Demographic Foundation of the Latino Population", en Martha Tienda and Faith Mitchell (eds.), *Hispanics and the Future of America*, Washington, D.C., The National Academies Press, pp. 66-99.
- ECEJA JIMÉNEZ, Carmen, Vicente Rodríguez, José Antonio Nieto y Francisco Jiménez (2005), *La migración de retorno en Andalucía*, Granada, Universidad de Granada.
- FABILA, Alfonso (1945a), *La Tribu Kikapoo de Coahuila*, México, SEP.
- (1945b), *Los Indios Yaquis de Sonora*, México, SEP.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (2004), "El dinamismo de la descomposición: megaciudades latinoamericanas", en Patricio Navia y Marc Zimmermand (coords.), *Las ciudades latinoamericanas en el nuevo orden mundial*, México, Siglo XXI.
- GARCÍA, María Cristina (2006), "Canada: a Northern Refuge for Central Americans", en Migration Information Source, <http://www.migrationinformation.org>
- GARDINER, Harvey (1979), *La política de inmigración del dictador Trujillo: estudio sobre la creación de una imagen humanitaria*, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña.
- GORDILLO, Gastón (1996), "Entre el monte y las cosechas: migraciones estacionales y retención de fuerza de trabajo entre los tobas del oeste de Formosa (Argentina)", en *Estudios Migratorios Latinoamericanos* 11, 32, pp. 135-161.
- GRASMUSK, Sherri (1982), "Migration Within the Periphery: Haitian Labor in the Dominican Sugar and Coffee Industries", en *International Migration Review* 16, 2, pp. 365-377.
- y Patricia Pessar (1991), *Between Two Islands. Dominican International Migration*, Berkeley, California University Press.
- GUARNIZO, Luis (1994), "Los Dominicanyorks: The Making of a Binational Society", en *Annals of the American Academy of Political and Social Science* 533, pp. 70-86.
- HAMILTON, Nora and Norma Stoltz Chinchilla (2001), *Seeking Community in Global City. Guatemalans and Salvadorans in Los Angeles*, Philadelphia, Temple University Press.
- HERRERA, Gioconda, María Cristina Carrillo y Alicia Torres (eds.) (2005), *La migración ecuatoriana, transnacionalismo, redes e identidades*, Quito, FLACSO.